

de los antiguos gefes del cuerpo de Davout aun no tocado, pues Davout acababa de quedar fuera de combate, Morand estaba gravemente herido, y Gudin habia muerto en Valoutina, cae á su vez y es llevado al mismo hospital de sangre, donde se prodigan cuidados á su hijo. Murat corre á la division de Friant, que se halla sin gefe. Un jóven holandés, el general Vandedem era quien debia mandarla. Valeroso, pero falto de experiencia, se apresura á ceder tal honor al gefe de estado mayor Galichet. Este toma el mando en el instante en que Murat llega. Mientras hablan los dos, pasa una bala por entre ellos y les corta la palabra.—No se está bien aqui, dice Murat sonriendo.—Aqui estaremos sin embargo, responde el intrépido Galichet.—En el mismo instante caen en masa los coraceros rusos. Solo tiene tiempo la division de Friant para formarse en dos cuadros enlazados por toda una línea de artillería. Murat se mete en el uno y el gefe Galichet en el otro, y reciben durante un cuarto de hora con imperturbable sangre fria las cargas furiosas de la caballería rusa.—¡Soldados de Friant, grita Murat, sois héroes!—¡Viva Murat! ¡Viva el rey de Nápoles! responden los soldados de Friant. Asi se ocupaba por nuestra parte, á falta de mas considerables fuerzas, todo el campo de batalla, que se extendia desde Semenoffskoie hasta los bosques de Outitza. De repente una gran víctima cayó entre los rusos. Bagration fué herido mortalmente y se le llevaron en medio de los gritos de dolor de sus soldados, que le profesaban cierta especie de idolatría. A su vez se hallaba sin gefe el segundo ejército ruso. Llamóse á Raefskoi, pero no podia abandonar los restos del sétimo cuerpo, que

ocupaba siempre con el príncipe Eugenio de Wurtemberg el trecho entre el gran reducto y la aldea de Semenoffskoie. Entonces se envió á buscar al general Doctoroff para que reemplazara á Bagration.

En este momento sabian los rusos que Poniatowski, despues de cruzar los bosques, habia tomado las alturas de Outitza á Touczkoff, privado de la division de Konownitsin, sin habersele aun juntado la segunda de Bagowouth, mandada por Olsoufief; que Touczkoff, el mayor de los tres hermanos habia muerto, con lo cual eran dos los fenecidos en la misma jornada, y tres los perdidos para la familia en el espacio de quince dias. En la confusion que se experimentaba, pidióse á voz en grito, y se hizo partir inmediatamente el resto del cuerpo de Bagowouth, esto es, la division del príncipe Eugenio de Wurtemberg; que no habia cesado de ocupar bajo un fuego terrible de artillería, el espacio casi abierto entre Semenoffskoie y el gran reducto.

Este espacio de tan alta importancia, que los rusos se esforzaban por cerrarnos de continuo, donde Raefskoi habia perdido la mayor parte de su gente, y donde el príncipe Eugenio de Wurtemberg acababa de perder la mitad de la suya, estaba próximo á abrirse delante de nosotros. De nuevo nos ofrecia la fortuna una ocasion decisiva, y llevando toda la Guardia imperial sobre este punto, se podia aun penetrar á golpe cierto en las entrañas del ejército ruso.

Ney y Murat enviaron á proponer por segunda vez á Napoleon esta maniobra. Este, viendo llegada á madurez la batalla, acogió la propuesta de sus



lugartenientes, y expidió las primeras órdenes para que fuera ejecutada. Hizo que avanzase la division de Claparede y la Joven Guardia, dejó á Schwardino, y se puso personalmente á su cabeza. Pero de repente sobrevino un tumulto espantoso á la izquierda del ejército y mas allá del Kolocza. Mirando hácia aquella parte, se vieron cantineros en fuga y bagages desordenados; se oyeron gritos, y se notaron en suma todas las señales de una derrota. Ante esta perspectiva, dispuso Napoleon que la Guardia no se moviera de su puesto, y se lanzó al galope con el fin de saber lo que acontecia. Despues de algun tiempo acabó por averiguarlo. Autorizadas por Kutusof las dos caballerías de Platow y de Ouvaroff cruzaron el Kolocza hácia nuestra izquierda desguarnecida, y cayeron Platow sobre nuestros bagages, y Ouvarof sobre la division de Delzons. Esta division valerosa, despues de conquistar por la mañana á Borodino, aguardaba descansando sobre las armas que aun se pidiera á su decision alguna cosa. En la imposibilidad de prever exactamente lo que iba á pasar hácia aquella parte, no quiso privarse Napoleon de su reserva. A Ney y á Murat envió cuanto le quedaba de la artillería de la Guardia, hizo avanzar á la division de Claparede, pronta á dirigirse á la derecha sobre Semenoffskoie ó á la izquierda sobre Borodino, y se mantuvo personalmente á la cabeza de la infantería de la Guardia, en espera de lo que pasara á la izquierda del Kolocza, adonde acababa de dirigirse el príncipe Eugenio.

Al primer ruido de esta irrupcion repentina, dejó el virey el centro, y pasando á la orilla izquierda del Kolocza, se trasladó á Borodino con toda la ve-

locidad de su caballo. Pero ya halló á sus regimientos formados en cuadro y aguardando al enemigo á pié firme. A la vista de los numerosos escuadrones rusos, la caballería ligera del general Omano, muy débil para resistir á los ocho regimientos de caballería regular de Ouvaroff, se replegó sucesivamente y con orden sobre nuestra infantería. Los croatas, que estaban á las orillas del Kolocza, y á quienes la caballería rusa presentaba el flanco en su arriesgado movimiento, la saludaron con un fuego bien nutrido. Entonces lanzose esta caballería sobre el 84.º de línea, el que por el año de 1809 hizo en Gratz tan excelente resistencia, le halló formado en cuadro, y fué inútilmente á sufrir su fuego, sin atreverse á pesar de todo á arrostrar sus bayonetas. El resto fué á remolinarse en torno del 8.º de ligeros y del 92.º de línea, y se retiró despues de algunas evoluciones, desesperando de obtener ningun resultado. Y á la verdad no era prudente obstinarse contra tal infantería sin mas que caballería solo, y hacer una demostracion era lo único que podian prometerse. Se habia hecho y pagado con algunos hombres, muertos unos por nuestra fusilería y nuestra metralla, cogidos otros á la vuelta por nuestros ginetes ligeros, que acuchillaban á los menos listos en reparar el Kolocza.

Vana como era esta tentativa, nos costó mucho mas de una hora, interrumpió el movimiento de la Guardia, y dió tiempo á Kutusof, que se ilustraba lentamente, pero que se ilustraba al cabo, para llevar al centro el cuerpo de Ostermann, dejado inútilmente á su derecha y frente por frente de nuestra izquierda. Tambien habia puesto en marcha toda la Guardia imperial rusa para cerrar el alar-



mantísimo agujero de Semenoffskoie. Por nuestra parte, Ney y Murat vieron cerrarse nuevamente este agujero, y despechados no dejaron de criticar á Napoleon ausente, y ocupado hácia otra parte en cuidados de que no tenían noticias.

Pasada era ya, pues, la ocasion del todo, y esta vez por uno de los accidentes fortuitos, que con razon se llaman favores ó desfavores de la fortuna.

Napoleon, que habia enviado cerca de Murat y de Ney al mariscal Bessiéres, y que por su conducto acababa de saber que habia sido reforzado de nuevo el centro de los rusos, y que las miras de Murat y de Ney no eran ya ejecutables (aun cuando para Bessiéres no lo fueron nunca) ordenó al príncipe Eugenio hacer lo único que á la sazón le pareció mas adecuado para poner término á la lucha, y era tomar el gran reducto del centro, pues fundadamente pensaba que, arrancado este punto de apoyo á la línea rusa, se acabaria por romperla de un modo ó de otro. Murat tenia bajo la mano una inmensa cantidad de artillería, toda la de las divisiones de infantería que estaban á su lado, toda la de la caballería y ademas toda la de las reservas de la Guardia. Napoleon envióle á decir que agobiara á metrallazos á las fuertes columnas que se venian cerca, y luego que estuviera pronto á lanzar su caballería sobre ellas en el instante decisivo, pues se iba á tomar por asalto el gran reducto.

Este instante decisivo se acercaba al cabo. Por una parte Murat habia colocado sobre su izquierda y á lo largo del barranco de Semenoffskoie, junto al cual la division de Friant no cesó de mantenerse firme, toda la artillería con que se le habia provisto, y detrás de esta artillería los tres cuerpos de

los generales Montbrun, Latour-Maubourg y Grouchy, aguardando la órden de trasponer el barranco y de lanzarse sobre las líneas de la infantería rusa. Por otra parte, el príncipe Eugenio, concentrando sobre la derecha del gran reducto las divisiones de Morand y de Gudin, llevó sobre la izquierda del mismo reducto á la division de Broussier, enteramente fresca, é inflamada en deseos de distinguirse á su turno. Esta division se hallaba emboscada en un barranco, y pronta á arrojarse á la primera señal sobre los parapetos de la obra que iba á ser conquistada. Eran cerca de las tres de la tarde, y se contaban ya nueve horas de esta horrible carnicería. Murat y Ney vomitaban el fuego de doscientos cañones sobre el centro de los rusos. Todo el cuerpo de Doctoroff habia sido llevado detrás del reducto, y aunque padeciera en sumo grado, aun padecia menos que el cuerpo de Ostermann situado al descubierto entre el reducto mismo y Semenoffskoie. A muy corta distancia, la de la anchura del barranco, se veia á los rusos caer en el cuerpo de Doctoroff y en el de Ostermann por centenares, asi como en las filas de la Guardia, desplegada á la espalda y recibiendo los tiros que habian perdonado á la primera línea. Murat y Ney, protegidos hasta entonces por una especie de milagro, llenos de júbilo al ver el efecto de sus cañones, duplicaban sus disparos. Creyendo ya sobradamente comovida la línea rusa, se decide finalmente á volver á empezar el ataque de caballería, de que tan airoso habia salido el general Latour-Maubourg por la mañana. Primeramente lanza el segundo cuerpo de caballería, á cuyo frente habia reemplazado á Montbrun el general Caulaincourt, hermano del



duque de Vicencio. Al cuerpo de Latour-Maubourg ordena que sostenga al segundo y al de Grouchy que se prevenga á sostener á ambos. Por lo que hace á la caballería de Nansouty, ya hemos dicho que estaba á la derecha de Ney. A la señal convenida, cruza Caulaincourt el barranco, desemboca á la otra parte, y carga sobre cuanto encuentra con los regimientos 5.º, 8.º y 10.º de coraceros. Le sigue el general DeFrance con dos regimientos de carabineros. Todo aquel espacio queda cruzado en un abrir y cerrar de ojos: rotos son algunos restos del cuerpo de Baefski, todavía en pié sobre esta parte del terreno: hechas pedazos quedan la caballería de Korff y la del baron de Kreutz, y nuestros ginetes á rienda suelta, pasan mas allá del gran reduto. Ante este espectáculo, el general Caulaincourt, viendo detrás la infantería de Likatcheff, que guardaba esta obra, revuelve sobre ella por medio de un repentino movimiento á la izquierda, y la acuchilla al frente del 5.º de coraceros. Por desgracia cae herido de muerte. La infantería de Morand y de Gudin, situada á la derecha del gran reduto, prorrumpe en gritos de alegría y de admiración al ver relucir los cascos de nuestros coraceros al otro lado. Por su parte el príncipe Eugenio, que estaba á la izquierda, se pone al frente del 9.º de línea, el que habia suministrado los bravos tiradores de Ostrowno, le dirige algunas palabras vehementes, le hace trepar el montecillo á toda prisa, y aprovechándose del tumulto del combate, del espesor del humo, escala los parapetos del reduto, y los supera en el instante en que el 5.º de coraceros acuchillaba á los infantes de la division de Likatcheff. Los tres batallones del 9.º caen á la bayoneta sobre

los soldados de esta division, cogen algunos prisioneros, matan mayor número, y vengan al 30.º de línea de sus desdichas de la mañana. Tambien iban á vengar al general Bonamy en la persona del gefe de la division, general Likatcheff, pero al aspecto de aquel anciano venerable caido en sus manos, le dejan la vida y le envian al emperador. Se alinean en batalla sobre el respaldo del reduto, y llegan á asistir al terrible combate de caballería empeñado entre la Guardia de á caballo rusa y nuestros coraceros.

Con efecto, desplegada toda la Guardia rusa de á caballo, se precipita sobre nuestros coraceros y los carga á fondo, pasando bajo el fuego de fusilería del 9.º y les obliga á ceder. A las órdenes del general DeFrance la hacen retroceder los carabineros. Cada vez que pasa y repasa, recibe los tiros de fusil del 9.º Incomodada por el fuego de este regimiento, quiere cargarle para librarse de él, pero la detienen sus balas. Nuestros coraceros llegan en auxilio del 9.º y al deslizar por delante, le gritan.—¡Viva el 9.º!—A lo que este responde.—¡Vivan los coraceros!—A su vez carga la caballería de Grouchy, ve á su valiente general derribado de un tiro, continúa avanzando, y llega á las líneas de la infantería rusa, formada en masa tan compacta que no se puede esperar penetrar en ella. Pero todo cuanto se halla entre las dos es barrido, y la caballería contraria vése forzada á buscar asilo detrás de su infantería.

Durante este tiempo el 9.º situado solo delante del gran reduto sufre cruelmente. Al fin le prestan apoyo las divisiones de Morand y Gudin dejadas á la derecha: se trasladan mas allá del re-



ducto, mientras, formando Murat y Ney ángulo con ellas, ganan terreno poco á poco, trasponen el barranco de Semenoffskoie, y siguen por su derecha hácia adelante, de esta suerte nuestro ejército forma una línea plegada, que envuelve en un ángulo de fuego al ejército ruso diezmado de una manera horrorosa. Lentamente retrograda bajo una metralla horrible y va á pegarse al linde del bosque de Psarewo. Ya no se le carga, y en espera de un movimiento decisivo, se pone en línea la artillería de todos los cuerpos y se hacen converger trescientos cañones contra los rusos. Bajo el diluvio de proyectiles que les agobia, todos permanecen inmóviles y formados en masa cerrada.

A la sazón la batalla está ganada de seguro, pues se halla en nuestro poder todo el campo. A la extrema derecha, por el lado del bosque, después de un sangriento combate habia acabado Poniatowski por tomar posición delante de Outitza sobre el camino antiguo de Moscou: á la extrema izquierda la division de Delzons ocupaba siempre á Borodino, y en el punto esencial, esto es, entre el gran reducto y las tres flechas que se habian tomado, se tenia el grueso del ejército ruso arrinconado junto al linde del bosque de Psarewo y expirando bajo el fuego de trescientos cañones. Sin embargo aun quedaban de luz muchas horas, y bien que ya no se ofreciera, como dos veces durante esta jornada, la ocasion de una maniobra decisiva, acometiendo de nuevo al ejército ruso por la derecha y hácia adelante con una masa de tropas frescas, se le podia arrollar sobre el Moskowa, haciéndole sufrir un verdadero descalabro. Ciertamente merecía nuevos sacrificios, cualesquiera que fue-

sen, un resultado de tanto bulto, pues ante una victoria completamente destructiva para las armas rusas, lo probable era que aflojara la constancia de Alejandro. Pero para ello habia que emplear la Guardia imperial toda, contando diez y ocho mil hombres de infantería y de caballería, no entrados en pelea. A la izquierda en la division de Delzons, al centro en las divisiones de Broussier, Morand y Gudin, á la derecha en la division de Dessaix quedaban tropas, que, á pesar de haber peleado, todavía estaban capaces de un gran esfuerzo, sobre todo si debia ser decisivo. Para este instante supremo valieran tanto como tropas frescas las que solo se hallaban medio cansadas. Por su parte la Guardia podia hacer prodigios, y solicitaba hacerlos. Napoleon, para quien la altura del sol en el horizonte era una razon tan apremiante como las instancias de sus lugartenientes, y por decirlo así un cargo, montó á caballo para examinar por sí mismo el campo de batalla. Mucho le molestaba el constipado de que se sentia acometido, pero no de modo que paralizara su poderosa inteligencia. Sin embargo los estragos de esta horrorosa batalla, sin ejemplo hasta para él, aun cuando las habia visto tan sangrientas, dejaron como pasmado su genio. Ni un solo instante habia pasado sin que se le llegara á anunciar que algunos de los principales oficiales del ejército quedaban fuera de combate. Tales fueron los generales y oficiales superiores Planzonne, Monthrun, Caulaincourt, Romeuf, Chastel, Lambert, Compère, Bessieres, Dumas, Canouville, muertos; tales fueron el mariscal Davout, los generales Morand, Friant, Compans, Rapp, Belliard, Nansouty, Grouchy, Saint-Germain, Bruyère, Pa-



jol, DeFrance, Bonamy, Teste, Guillemintot, gravemente heridos. El teson de los rusos, aun no siendo inesperado, tenia un carácter siniestro y terrible, que le inspiraba serios temores, pues, para honra de la naturaleza humana, en el patriotismo vencido, bien que furioso, hay algo que impone hasta al agresor mas temerario. Asi Napoleon, en aquel estado de irresolucion tan nuevo para él, pareció inexplicable á los que estaban en rededor suyo, hasta el extremo de querérselo explicar diciendo que estaba malo. Sin cuidarse de lo que se pensaba á su lado, recorrió al galope la línea de las posiciones tomadas, vió arrinconados á los rusos, si bien apretados en masa é inmóviles, no ofreciendo fácil acometida por ninguna parte, aun cuando de resultas de un postrer choque dado oblicuamente pudieran ser lanzados en desórden hácia el Moskowa. Sin embargo se ignoraba despues de todo, si la desesperacion triunfaria de los diez y ocho mil hombres de la Guardia, si por tanto se la sacrificaria inútilmente para degollar á algunos miles mas de enemigos; y no guardar entero el solo cuerpo que aun estaba intacto á tanta distancia de su base de operaciones, pareció á Napoleon una temeridad en que las ventajas no compensaban el peligro. Asi dijo, volviéndose á sus oficiales.—No expondré mi Guardia á ser destruida: á ochocientas leguas de Francia, no aventura uno su última reserva.—Razon tenia sin duda; mas, al justificar su resolucion del momento, condenaba aquella guerra, y por segunda ó tercera vez desde el paso del Niemen expiaba por un exceso de prudencia, en disonancia con su carácter, la culpa de su temeridad. Pasando el camino real de Moscou, y acercándose á Borodino, se

descubria á Gorki, única posicion algo avanzada y conservada por los rusos. Napoleon se consultó si debía tomarla, y renunció al cabo á ponerlo por obra, creyendo que el resultado no valia la pena. Apretados en masa hácia el fondo del campo de batalla los rusos, parecia como si nos desafiasen, y ofrecian al cañon muy vasta presa.—Puesto que quieren mas, dijo Napoleon con la familiaridad cruel del campo de batalla, dadles.—Y dispuso poner en batería cuanta artillería no estuviese empleada, y desde entonces empezaron á jugar cuatrocientas bocas de fuego. Durante muchas horas se disparó de esta suerte sobre las masas rusas, que persistieron en mantenerse en línea bajo este cañoneo espantoso, perdiendo miles de hombres y sin moverse. ¡Se mataban asi soldados en vez de cogernos prisioneros! Asi perdiamos hombres, mas no la sexta parte de los que estábamos inmolando.

Al fin declinó el sol sobre aquella escena atroz y sin igual en los anales humanos: sucesivamente fué alrojando el cañoneo, y rendidos todos á la fatiga se fueron á tomar algun descanso. Nuestros generales trajeron algo atrás sus divisiones, para resguardarlas de las balas enemigas, y se situaron á la falda de las alturas conquistadas, bien convencidos de que los rusos no probarian á recuperarlas. Nuestros soldados, no provistos de víveres, se pusieron en los bivaques á devorar lo que aun les quedaba, y descansaron algun tanto refiriéndose unos á otros los sorprendentes horrores de que habian sido testigos. Napoleon victorioso entró en su tienda rodeado de sus lugartenientes, unos descontentos por lo que habia dejado de hacer, otros crei-



dos en que se habia procedido con razon al atenerse al resultado alcanzado, pues en suma estaban los rusos destruidos y las puertas de Moscou abiertas. Pero aquella noche no se hicieron oír en la tienda del conquistador los testimonios de júbilo y de admiracion, que estallaron en Austerlitz, en Jena, en Friedland.

Rusos y franceses durmieron unos junto á otros sobre el campo de batalla. Al despuntar la aurora distinguióse un espectáculo horrible, y se pudo formar idea del espantoso sacrificio de seres humanos, consumado el dia antes. Cubierto estaba el campo de batalla de muertos y de moribundos, como jamás lo estuvo ninguno otro. Cosa cruel de decir, número espantoso de pronunciar, cerca de ochenta mil hombres, esto es, la poblacion entera de una gran ciudad, yacian por tierra muertos ó heridos. Quince ó veinte mil caballos caidos ó errantes y dando horrosos relinchos, trescientos ó cuatrocientos carros de artillería desmontados, mil despojos de toda clase completaban este espectáculo, que sublevaba el corazon con especialidad al aproximarse á los barrancos, donde por una especie de instinto se habian arrastrado los heridos, para ponerse á cubierto de nuevos golpes. Allí estaban hacinados unos sobre otros sin distincion de naciones.

Por fortuna, si el patriotismo permite pronunciar esta palabra inhumana, por fortuna la proporcion en este catálogo fúnebre era desigual por extremo. Nosotros contábamos de nueve á diez mil muertos, y de veinte á veinte y un mil heridos, esto es, treinta mil hombres fuera de combate, y los rusos cerca de sesenta mil, segun confesion pro-

pia (1). Muerto habiamos á cuantos otras veces soliamos coger prisioneros por efecto de sabias maniobras. Así la guadaña de la muerte parecia haber reemplazado en manos de Napoleon á la espada maravillosa que en otro tiempo desarmaba mas enemigos que los que destruía. Lo que se tendria por increíble, si en documentos auténticos no se encontrara comprobado, es que tuvimos cuarenta y siete generales y treinta y cinco coroneles muertos ó heridos, y los rusos casi otros tantos, prueba de la energía que por ambas partes acreditaron los gefes, y de la corta distancia á que se habia peleado. Despues de este reto espantoso nos quedaban cien mil hombres, pues los que podian faltar para este guarismo, se completaban con la division italiana de Pino y con la division de Delaborde de la Guardia, llegadas una y otra despues de la batalla. No hubieran podido poner cincuenta mil hombres en línea los rusos, pero estaban en su casa, y nosotros distábamos de nuestra capital ochocientas leguas; ellos hacian una guerra necesaria, y haciamos una guerra de ambicion nosotros; y á cada paso hacía adelante, cuando el aturdimiento de la gloria cedia el puesto á la reflexion en nuestra mente, condenábamos en el fondo del corazon al arrebatador caudillo, de quien seguíamos la fortuna deslumbradora.

Kutusof, tan embustero como taimado, satisfecho de no estar destruido, tuvo la astucia de escribir á su soberano, que habia resistido á los asaltos del ejército francés todo un dia y le habia muer-

(1) Tomados se hallan de estados auténticos los guarismos franceses, y los guarismos rusos de relaciones ordenadas posteriormente y admitidas por el mismo gobierno ruso.



to tantos hombres como habia perdido, y que si abandonaba el campo de batalla no era por haber sido derrotado, sino por tomar la delantera para ir á cubrir á Moscou. Mas que nadie en el mundo sabia hasta que punto se podia mentir á las pasiones, sobre todo á las pasiones de los pueblos poco ilustrados, y salvo lo de atribuirse el triunfo, se atrevió á escribir todo lo mas próximo á esta mentira. Al gobernador de Moscou, conde de Rostopchin, destinado muy luego á una inmortalidad espantosa, dió parte de que acababa de dar una sangrienta batalla para defender á Moscou; que distaba mucho de haberla perdido; que ademas daria otras; que prometia muy de veras que el enemigo no entraría en la ciudad sagrada, pero que era urgente que se le enviaran todos los hombres capaces de empuñar las armas, los milicianos de Moscou sobre todo, de los cuales se habian prometido ochenta mil, y apenas pasaban de quince mil los recibidos hasta entonces. Para el 8 de setiembre por la mañana ordenó la retirada, prescribiendo que se disputara á Mojaisk todo el tiempo necesario para poner en salvo los víveres, las municiones y los heridos trasportables. Al general Miloradowitch le dió el mando de la retaguardia.

Napoleon, que no tenia las mismas razones para el disimulo, pues se hallaba indudablemente victorioso, sin embargo, experimentaba cierta especie de embarazo para dar cuenta de su triunfo. Otras veces tenia que anunciar, por algunos miles de muertos, hasta treinta ó cuarenta mil prisioneros, y la toma de algunos centenares de cañones y de banderas. Aqui no habia prisioneros, ni banderas, ni cañones (salvo un corto número de piezas de posi-

cion halladas en los reductos), sino que cubrian el terreno sesenta mil muertos ó moribundos pertenecientes al enemigo. Cosa extraordinaria, en sus boletines y en sus cartas (sobre todo á su suegro), dijo mucho menos de lo que habia, ya porque lo ignorase, ya porque no se atreviese á confesarlo á la faz del mundo. Segun su costumbre, esta batalla, que los rusos llamaron de Borodino, la calificó con un nombre retumbante y que hablara á las imaginaciones, con el de la Moskowa, riachuelo que pasaba á una legua del campo de batalla, para ir á cruzar á Moscou en su curso. Este nombre le quedará durante los siglos.

Despues de conceder Napoleon algunos instantes al efecto de la victoria, pensó en las ventajas que se debian sacar de ella. A Murat le encaminó á Mojaisk con dos divisiones de coraceros, con muchas divisiones de caballería ligera, y una de las de infantería del mariscal Davout. Este siguió con sus otras cuatro divisiones, haciéndose llevar en un carruage, porque no podia montar á caballo. El príncipe Poniatowski fué dirigido, como durante toda la marcha, sobre la derecha del camino real, por el de Wereja, y el príncipe Eugenio sobre la izquierda por el de Rouza. Esta doble fuerza, situada sobre los dos flancos del ejército tenia por objeto neutralizar toda resistencia desbordando al enemigo, extender el radio del abastecimiento y cubrir á nuestros forrageadores. Napoleon con el cuerpo de Ney, que habia padecido horribilmente, y con la Guardia, que no le abandonaba nunca, permaneció un día mas sobre el campo de batalla, para expedir las órdenes indispensables, dictadas tanto por la humanidad como por el interés de las tropas. Ante todo



transformó en hospital la grande abadía de Kolotskoi, porque, siendo de fácil defensa, debía ofrecer un abrigo seguro á los heridos no trasportables. Cuando fuéramos dueños de Mojaisk debian ser conducidos á esta ciudad los que se hallaran en mejor estado. Tambien habia muchos caballos ligeramente heridos, de curacion fácil, y muchas piezas desmontadas de reparacion no diticultosa. Por esto Napoleon estableció un depósito de caballeria y de artilleria en las aldeas comarcanas á la abadía de Kolotskoi, y decidió que Junot ocupara este lugar fúnebre con sus westalianos para guardar los preciosos restos dejados allí, y para ir á lo lejos á tomar los víveres que los infelices heridos estarian en la imposibilidad de proporcionarse. El bienhechor de cuantos padecian, el ilustre Larrey, quiso quedarse con la mayor parte de los cirujanos del ejército en Kolotskoi. Apenas debian de bastar tres días para aplicar el primer apósito á todas las heridas, y siendo ya el tiempo frio y húmedo, con especialidad de noche, gran número de heridos estaban reducidos á aguardar el socorro del arte tendidos á cielo raso sobre paja. Todo lo que se podia hacer por ellos, era llevarles algun alimento, y sobre todo aguardiente, á fin de sostener sus fuerzas. A mayor abundamiento atendió Napoleon á que se hiciera cuanto fuese posible con el material que se habia logrado conducir hasta aquella distancia.

Despues de estos primeros é indispensables cuidados, envió órdenes á Esmolensko para que se reemplazaran las municiones de artilleria consumidas. Se habian disparado sesenta mil cañonazos y quemado un millon y cuatrocientos mil cartuchos de infanteria. Hizo ordenar trasportes extraor-

dinarios de municiones por el gefe de la artilleria del grande ejército, el general de Laribosiere, que en esta campaña, mas difícil para su arma que para ninguna otra, desplegaba á una edad muy avanzada la actividad y el valor de un mancebo. No teniendo ya que cruzar rios caudalosos, Napoleon habia dejado en Esmolensko sus grandes trenes de puente, y no llevó consigo mas que el material necesario para echar puentes de caballetes. Merced á esta medida, quedaron disponibles en Esmolensko de seiscientos á ochocientos caballos de tiro; y dispuso que se emplearan sin demora en acarrear municiones de artilleria y de infanteria. Por último, ordenó un nuevo movimiento adelante á todos los cuerpos franceses ó aliados, que se hallaban en las diversas etapas de Esmolensko, de Minsk, de Wilna, de Kowno, de Koenigsberg, y con particularidad á todos los batallones y escuadrones de marcha destinados á cubrir las bajas de los cuerpos de tropas.

Caminando continuaba el ejército mientras Napoleon expedia sus órdenes, y Murat llegó el 8 por la tarde á Mojaisk, ciudad de alguna importancia y que tenia interés en poseer intacta. A medida que se estaba mas cerca de Moscou, los recursos del pais iban en aumento, pero tambien se acrecia la rabia de destruirlos en los contrarios. Se hallaban mas aldeas florecientes y mas columnas de llamas. Queriendo los rusos proporcionarse tiempo, á fin de hacer algunas evacuaciones de heridos y de material, colocaron delante de un barranco pantanoso una fuerte retaguardia de infanteria y de caballeria, con la resolucion de defender la posicion aquella. Posible era evitarla, mas la oscuridad no per-



mitia descubrir por dónde, y para precaver la confusión de una escena de noche, se hizo alto, y se bivaqueó á tiro de cañon de los rusos.

Al dia siguiente 9 se quiso entrar en Mojaisk á viva fuerza, y despues de sacrificar algunos hombres sin fruto, penetróse en esta ciudad, donde habia muchos almacenes entregados á las llamas, si bien permanecieron intactas no pocas habitaciones. Allí se encontraron muchos heridos rusos, que fueron respetados, y fiados á la solicitud de sus propios cirujanos. Víveres contenia la ciudad y edificios para un segundo hospital, circunstancia muy venturosa, porque el de Kolotskoi estaba muy lejos de bastar á nuestras necesidades. Napoleon resolvió detenerse en Mojaisk para cuidarse el constipado de que se sentia acometido, y que le molestaba sin alterar lo mas minimo el uso de sus facultades (1). Su proyecto era irse á unir al ejér-

(1) La suposicion de que Napoleon en la batalla de Moscou estaba enfermo, admitida por respetables historiadores, para explicar su inaccion durante aquella jornada, no tiene ningun fundamento, si se lleva hasta el punto de presentar como atacadas sus facultades. Hemos leído y releído las mas intimas correspondencias, escritas dia por dia, con sinceridad completa, por hombres que no abandonaban el cuartel general, y que no tenian en alterar la verdad interés alguno, y hasta en la libertad de su lenguaje y en la ausencia de todo recelo se ve cuán leve era la indisposicion de Napoleon. No fué mas que un fuerte constipado. El y sus lugartenientes hablaron de esta indisposicion en sus cartas y de modo de no dejar duda alguna sobre su naturaleza. Napoleon, que por lo comun no se cuidaba, y que tenia el mérito, casi indiferente en medio de sus demas dotes prodigiosas, de un valor personal muy alto, estuvo durante la batalla en sitio por donde pasaban no pocas balas, aunque no hubiera la casi certi-

cito cuando llegara á las puertas de Moscou, á fin de entrar allí al mismo tiempo ó de ponerse á su cabeza, si habia que dar otra batalla.

Su retirada continuaron los rusos y su persecucion los franceses. Habiendo tomado el principe Eugenio el camino lateral de la izquierda, se apoderó de Rouza, pequeña y linda ciudad, rica en recursos, que furiosos iban á destruir los paisanos, cuando se llegó con oportunidad para estorbarlo. El espanto de los habitantes al saber que se les habia engañado, que los rusos habian perdido completamente la batalla del dia 7, habia subido á su colmo, y se transformaba en cierta especie de rabia. De tal modo se les habia pintado á los franceses como mónstruos salvages, que, á la sola idea de

dumbre de que le tocara alguna, como donde Murat y Ney sostenian la pelea, y esto, unido á la repugnancia de comprometer sus reservas, fué la verdadera causa de sus órdenes tardias é incompletas. Que hizo bien en no exponerse á tal fuego, es cosa fuera de duda, pues la salvacion del ejército se cifraba en su persona, y se puede formar idea del peligro, considerando el fenómeno de cuarenta y siete generales muertos ó heridos entre los nuestros, y otros tantos de los rusos, es decir, en el sacrificio de casi todos los generales que por ambas partes guiaron á las tropas. Barclai de Tolly, Ney y Murat fueron los únicos verdaderamente comprometidos que libraron de muerte ó de heridas. No se podia asomar al fuego sin ser tocado. En la division de Compans cayeron cinco gefes en menos de dos horas, el general Compans, el general Dupellin, el mariscal Davout, el general Rapp, el general Dessaix. Para liberrar á los hombres de aquel fuego espantoso, hizo Ney que sus soldados se tendieran por el suelo en ciertos instantes, permaneciendo de pié él solo, y luego les mandaba levantar cuando le eran útiles en linea.